

LOS ESTUDIOS EMPRESARIALES A NIVEL UNIVERSITARIO

Dos instituciones, básicas para la sociedad moderna, están en crisis: la Empresa y la Universidad. Su condición esencial para el funcionamiento del organismo social hace que la ondulante desorientación de nuestros días se precipite masivamente en las aulas y en los talleres. A la Universidad le ha faltado en todo el mundo el sentido dinámico que la empresa capitalista ha tenido en el siglo XX, y la Empresa ha carecido del clima ideológico que la Universidad podría haberle prestado en sus épocas de euforia utilitaria y positiva. Y si la construcción de Europa es fundamental para nuestros países, la empresa, célula de la sociedad industrial, debe ser consciente del papel que ha de jugar en la sociedad científica de nuestro tiempo.

La empresa y la capacidad humana, en el más amplio sentido, son las que hacen posible la inversión económica. La relación entre dirección empresarial y desarrollo económico ha sido resaltado por eminentes economistas, para quienes el empresario es el innovador que organiza y pone el sistema económico en funcionamiento, siendo la base dinámica de toda economía y el resultado de un ambiente social. Así, el progreso tecnológico y el descubrimiento de recursos dependen del clima social y del sistema docente.

Por otra parte, los recursos directivos son complementarios del capital, porque las industrias que requieren una gran concentración de capital tienen a su vez una gran demanda de capacidad directiva, lo que significa que un país mide su capacidad para inversiones de capital con su capacidad para generar talentos directivos, que es igual en todos los países avanzados industrialmente. Es decir, que los directivos, como un re-

curso, como un sistema de autoridad y como una clase, son muy semejantes en una economía socialista avanzada, en una economía desarrollada de mercado o en un sistema totalitario de economía centralizada y de avanzada industrialización. La moderna industrialización tiene una demanda uniforme de capacidad directiva. Y la última parte de este siglo será —lo es ya— una era de cerebros técnicos y directivos al servicio de una sociedad industrial, como diría Galbraith. El directivo, como órgano específico de una sociedad industrial, tiene como funciones principales hacer productiva una empresa con sus recursos humanos y naturales, organizando el trabajo de manera eficaz.

Parece, pues evidente, que el logro de tasas elevadas de desarrollo sea una función de los recursos «directivos de un país, permaneciendo los demás elementos constantes. Por eso, uno de los descubrimientos de nuestro siglo es el de que la Dirección puede ser enseñada y que constituye un conjunto de conocimientos que pueden transmitirse a los jóvenes. Así, una Escuela Universitaria Empresarial está justificada por la importancia que el estudio de la Dirección tiene para el bienestar de la sociedad, y por la certeza de que los recursos humanos de una Universidad, si se organizan con acierto, pueden contribuir al cumplimiento del desarrollo económico.

La profesión empresarial es una ciencia de la Dirección. La vida de la empresa —como la vida artística, como la actividad investigadora— es lo suficientemente rica como para lo cerrarse nunca a los hombres de empuje. De aquí que exista un aumento de la actitud científica ante la dirección empresarial introducida por Taylor, Fayol y Drucker. El directivo necesita una preparación profesional que le de conocimientos y capacidad para tratar problemas substantivos de financiación, de producción y de ventas. Y conforme se asciende en la jerarquía empresarial, la competencia y la habilidad en los conocimientos administrativos crecen y los conocimientos técnicos decrecen en importancia, lo que lleva a una especial capacidad administrativa de los ejecutivos.

La empresa moderna —que es una asociación de hombres y una coordinación de esfuerzos— es una institución social sedienta de ciencia. Es también una microsociedad en la que convergen todos los problemas sociales y técnicos de nuestro tiempo. Por eso ha venido usando de muchos conocimientos que han adquirido rigor científicos. Desde la Estadística a la Contabi-

lidad —y decir contabilidad, es decir control de la eficacia de la industria, control de la rentabilidad, control del beneficio—, pasando por el Derecho Mercantil, la Investigación de Mercados o la Economía, hay una enorme gama de conocimientos científicos y universitarios de valor esencial para la actividad directiva. Este conjunto de ciencias, integradas especialmente en un objetivo empresarial, es lo que conocemos como Ciencias de la Empresa.

El primer país que sugirió la idea de que la formación para la dirección empresarial debería adoptar la forma de una carrera fueron los Estados Unidos, donde en 1865, acabada la Guerra Civil, el General Robert Lee, que fue elegido Presidente del Washington College, en Lexington, Virginia, fundó la primera «Students Business School. Sin embargo, la primera Escuela que la Historia reconoce es la fundada por José Wharton, en la Universidad de Pennsylvania, en 1881. Más tarde, en 1898, la Universidad de California creó su propia Escuela, y la Universidad de Chicago anunció su Escuela de Comercio y Política. Desde esta fecha, el crecimiento de las Escuelas de Ciencias Empresariales, sobre todo en la tercera década del presente siglo, ha sido espectacular. En 1950, la Oficina de Educación de la Agencia Federal de Seguridad hizo una lista de 617 escuelas que conferían títulos en Business Administration, y 80 escuelas que otorgaban títulos de Ingeniería Administrativa e Industrial. En los Estados Unidos, desde hace más de un siglo, ha existido una estrecha correlación entre la formación universitaria y las necesidades reales de la sociedad de hombres de empresa.

En realidad, la aportación más importante de la Universidad americana se ha manifestado en el campo de Business Administration. Como dice Servan-Schreiber en «El desafío americano», la superioridad americana se debe en gran parte a su equipo de directivos. La superioridad no está hecha a base de dólares, de petróleo, de toneladas de acero, ni siquiera de máquinas modernas, sino a golpes de imaginación creadora y de talento organizativo.

La diferencia que se va marcando entre Estados Unidos y Europa se ha dado en llamar «Technological gap» —o handicap tecnológico—; pero la expresión no es completamente exacta. En realidad, más que de un «gap tecnológico», se trata de un «gap» de dirección, es decir, de gestión.

Los Estados Unidos— el país de los Ingenieros de almas,

especialistas en relaciones humanas y en psicología industrial— tiene métodos más modernos y más eficaces de trabajo en equipos de dirección. El management es, a fin de cuentas, la más creadora de todas las artes, puesto que es el arte de organizar el talento, y el arte de la dirección y del mando. Esta autoridad o mando se ejerce a varios niveles; el «top management», o responsabilidad de la política general y de la estrategia de la empresa, y el «Middle management», o cuadros medios que intervienen en el dominio de la técnica o gestión empresarial.

En Europa, la clásica orientación de los estudios universitarios ha impedido la formación y el nacimiento de la carrera de Ciencias Empresariales. Por otra parte, la atomización industrial europea, con el predominio de la empresa familiar, ha hecho que la distinción entre la propiedad y la dirección no haya tenido importancia hasta nuestros días con la aparición de las concentraciones empresariales que el Mercado Común ha desarrollado. La Administración europea, por los sistemas americanos después de la segunda Guerra Mundial, produjo en Europa una adaptación rápida de sus sistemas educativos. Sin embargo, mientras los americanos forman sus directores —los hombres del sillón, como se les llama—, principalmente, por las Universidades y las Escuelas de Dirección, Europa, aunque está evolucionando bajo el influjo americano, piensa, según una famosa frase de Clemenceau, que la empresa no debe dejarse sólo en mano de los directivos.

En nuestro continente, la demanda más imperiosa se ejerce sobre los hombres formados en Administración de Empresas. Las necesidades de personal formado en esta especialidad crecen con un ritmo superior a la renta nacional. Así, por ejemplo, se estima que en 1975, la Economía italiana necesitará más de 1.250.000 directivos, mientras que sus efectivos en la actualidad no llegan a 450.000.

Además, el desarrollo económico va acompañado de una redistribución de la población activa entre los sectores primarios, secundario y terciario, con un aumento espectacular de éste último. Así, la proporción de directores al número total de empleados es del 2 por 100 en el sector primario, del 4 por 100 en el secundario y del 6 por 100 en el terciario.

Antes del año 1960, había en Europa, según estimaciones de la O.C.D.E., unos 95 centros de estudios empresariales, distribuidos del siguiente modo: 6 en Alemania; 4 en Bélgica;

36 en Francia; 3 en Holanda; 35 en Inglaterra, y 11 en Italia, la mayoría de ellos creados en el periodo 1950-1954.

En Francia, la Cámara de Comercio e Industria de París fundó en 1881 la Escuela de Altos Estudios Comerciales, centro de Enseñanza Superior reconocido por el Estado. Y en 1942, el Gobierno francés reconoció, a nivel universitario, la Escuela Superior de Ciencias Económicas del Instituto Católico, que más tarde fue reconocido por el Ministerio de Educación Nacional, y cuya finalidad es la formación de jóvenes Bachilleres para el desempeño de funciones directivas en la empresa. Y en 1955, el Gobierno francés comenzó un movimiento en las Universidades otorgando a la Enseñanza de Administración de Empresas un puesto importante en la Enseñanza Superior.

En Holanda, la formación directiva empresarial está fraccionada entre las Universidades y Escuelas Especiales; pero en 1965 la Fundación Privada para la Administración de Empresas formuló un programa con la Universidad de Michigan para el establecimiento de un título universitario en la Netherlands University of Economics de Rotterdam.

En Inglaterra fue presentado al Parlamento inglés, en 1964 el ya famoso «Report on Higher Educatio» que, por el nombre del Presidente del Comité —Lyonel Robbins— se conoce también por el Informe Robbins.

Como consecuencia del Informe Robbins, se crearon en dicho país la Manchester School of Businss, dependiente de la Universidad de Manchester, y la London School of Bussiness dependiente de la London Schol of Economics.

Posteriormente, en el informe publicado en 1965, se reconoció que en los últimos años ha habido un desarrollo rápido de la formación universitaria para la dirección empresarial. Lo cual significa que los círculos académicos y el mundo empresarial se han dado cuenta de la importancia intelectual de estos estudios. Ello se ha puesto de manifiesto —dice el citado informe—, no solamente por la creación de las Escuelas de Manchester y de Londres, sino por el apoyo financiero de cinco millones de libras esterlinas que las emmpresas ha puesto a disposición de estas Escuelas.

La explosión de esta clase de enseñanza ha producido que, además de los 46 Colleges, que antes enseñaban carreras empresariales a nivel medio, treinta y una Universidades hayan establecido cursos y carreras después del Informe Robbins.

En Rusia, las empresas están dirigidas, fundamentalmente, por Ingenieros, en la proporción del 90 por 100. Pero hace ya algunos años que en la Unión Soviética se habla del proceso directivo como un cuerpo independiente de investigación y estudio, para lo cual un equipo de profesores rusos fue enviado en 1963 a la Universidad de Harvard, para estudiar su organización de los cursos empresariales, habiendo propuesto su imitación.

En España, el movimiento para la formación empresarial a nivel universitario aparece al mismo tiempo que en Europa, en 1954, a través de los Cursos de la Comisión Nacional de Productividad Industrial. Sin embargo, muchos años antes, en 1916, apareció el centro pionero en nuestro país, no solamente de los estudios empresariales, sino de las Ciencias Económicas, en la Universidad Comercial de Deusto, Fundación de los Hermanos Aguirre. Posteriormente, en 1956, se creó en San Sebastián la Escuela Superior de Administración y Dirección de Empresas. Más tarde, en 1960, se fundó en Madrid el Instituto Católico de Dirección de Empresas (ICADE). Una modalidad supone la creación en Córdoba, en 1963, de la Escuela Superior de Técnica Empresarial Agrícola; y en 1965 se inauguró en Alicante la Escuela Superior de Ciencias Empresariales.

Todos estos Centros forman parte de la FLECE (Federación libre de Escuelas de Ciencias Empresariales). Por último, varias Universidades han creado también sus Escuelas o Centros de Estudios Empresariales.

Por otra parte, la Ley General de Educación establece en sus artículos 31, 75, 82, 86, 108 y 115, la organización de las Escuelas Universitarias; y en las Disposiciones transitorias 2.ª-10, 6.ª-8 y 15-1, se determina cómo las Escuelas Profesionales de Comercio —que son 28— se incorporarán a la Universidad como Escuelas Universitarias, en las que se impartirán el primer ciclo de los estudios correspondientes. Asimismo, dicha disposición transitoria —2-10— establece que las enseñanzas mercantiles se organizarán en el futuro en tres grados de Enseñanza Superior: Diplomado, Licenciado y Doctor.

Además, el Decreto de 10 de mayo de 1972 regula la mecánica de la incorporación de las Escuelas Profesionales de Comercio a la Universidad, para lo cual han sido creadas unas Comisiones Gestoras, de las que forman parte 3 Catedráticos de la Universidad, el Director y otro Catedrático de la Escuela Uni-

versitaria. La Comisión de nuestra Escuela —que ha empezado a funcionar como Centro Universitario en el presente Curso académico— está presidida por el Catedrático de la Universidad de Valladolid, don Justino Duque Domínguez, mercantilista ilustre y personalidad de competentes y elevadas condiciones humanas para el cumplimiento de la tarea que le ha sido encomendada.

Esta visión esquemática de los estudios empresariales en los países citados nos revelan dos puntos fundamentales: primero, el reconocimiento universal de la necesidad de este tipo de formación para la economía moderna, y segundo, la resistencia de los sistemas educativos para adaptarse a las nuevas necesidades de la sociedad actual. Esto demuestra que el descubrimiento de esas necesidades debe arrastrar la organización universitaria a la creación de nuevas carreras. El informe de la O.C.D.E. reconoce las fuerzas que están cambiando el mundo universitario, y la formación de directivos de empresa ocupa su lugar en el cuadro más amplio del sistema educativo de un país. El progreso técnico, la complejidad industrial y social exigen un esfuerzo intelectual más intenso. Además, se juzga modernamente la formación universitaria para su eficacia, y se pretende que esté más en consonancia con los objetivos operacionales de país, como ocurre en Rusia y en los Estados Unidos. El mismo informe sobre la Educación en España, publicado en el año 1969, reconoce la necesidad de flexibilizar el sistema educativo, creando nuevas carreras —la empresarial es una de ellas— para adecuar la Universidad a la vida real de la sociedad española actual, ya que la Universidad tradicional demostró cierta incapacidad de respuesta —dice el informe— a las necesidades del desarrollo económico y a la estructura ocupacional de la nación.

De aquí que su Alteza Real el Príncipe de España, en la visita que le hizo un grupo de hombres de empresa, en el mes de junio del pasado año, manifestó su asombro ante el divorcio existente entre el sistema docente español y el laboral empresarial.

Y es interesante consignar, que la profesionalización de la dirección apunta hacia una meta aún imprecisa: la emergencia de un nuevo poder —todavía ilegítimo— la de los directivos divorciados de las formas clásicas de poder: la propiedad. Propiedad y control de la empresa no son, ciertamente, cartas de

la misma baraja. Y el problema está en la regulación de ese poder emergente, que Burham ha calificado de revolución directorial.

Por otra parte, cuando tenemos una ideología, unos conocimientos técnicos y unas necesidades detrás de una profesión, nos encontramos con una Carrera. Porque una Carrera es, organizativamente, un conjunto científico que apunta, fundamentalmente, en cuatro direcciones: la transmisión de la cultura, la formación de la mente humana, la investigación científica y la preparación profesional.

Y la Universidad es la Institución encargada de organizar la Ciencia para responder a las nuevas necesidades profesionales. Esta respuesta organizativa de la Universidad es una Carrera. Por ello no puede caer en un estancamiento inflexible frente a la sociedad que cambia. Tres o cuatro carreras tradicionales no son los vehículos más aptos para formar hombres que deben responder a retos nuevos. Sobre todo cuando las respuestas científicas a esos retos están ya presentes.

Así, la creación de nuevas Carreras, la organización institucionalizada de nuevos conocimientos para iluminar nuevas actividades profesionales, es una misión indeclinable de la Universidad, como dijo Ortega y Gasset. En esto coinciden todos los esfuerzos que en estos momentos realizan las autoridades responsables de la aplicación de la reforma educativa.

Ahora bien; la vida social moderna, está sometida a un cambio cuya velocidad sorprende a todos. No en vano el tema de la aceleración histórica, de la revolución permanente, están siempre presentes en todas las mentes preocupadas por la sociedad actual.

Esta es la razón de que un ilustre decano de una ilustre institución universitaria, decía a los nuevos licenciados, en la ceremonia de entrega de títulos: «Sepan ustedes, queridos alumnos, que desde este momento, ustedes están anticuados». Porque lo recibido en las aulas era ya «ciencia antigua» frente a lo que en la calle de la ciencia y de la realidad estaba ocurriendo.

De aquí la necesidad de la «educación permanente». Y es curioso que el término se haya forjado en contacto con el campo empresarial. Quizá porque aquí es donde corren más los hechos, las personas y las técnicas, como sabemos muy bien los que vivimos la estructura de algunas empresas. El empresario está situado entre dos polos sometidos a un nervioso dinamis-

mo: la tecnología y la sociedad. Las decisiones empresariales consisten, en esencia en organizar prácticamente la moderna tecnología para satisfacer las necesidades de los hombres de última hora.

Pero también —como decía el ilustre decano—, los profesionales más modernos se quedan anticuados. El problema es distinguir entre una formación básica, cultural, que capacite la mente humana para entender, manejar y producir cambios, y una formación especializada, concreta y técnica. Una carrera debe atender a lo uno y a lo otro. Pero siempre será necesario una readaptación continua en estos aspectos especializados y técnicos, donde la vida camina muy deprisa. El hacer volver a los hombres de carrera a sus viejas aulas, será un requisito esencial de la formación empresarial del futuro, como establece el informe publicado por el Ministerio de Educación y Ciencia, al afirmar, que la Universidad organizará periódicamente cursos de perfeccionamiento para postgraduados, obligatorios, para la revalidación de títulos al cabo de periodos fijos. Idea ésta que se halla implícita también en la declaración universal de los Derechos Humanos.

Y hoy más que nunca, como se ha dicho en el Concilio Vaticano II, para hacer frente al aumento de población y responder a las aspiraciones más amplias del género humano, es preciso tender a un incremento de la producción agrícola e industrial y de la prestación de servicios. Por eso hay que favorecer el progreso técnico (la cuarta dimensión de nuestro tiempo, como dice Fourastie) el espíritu de innovación, la creación y ampliación de empresas, la formación de directivos a nivel universitario y la adaptación de los métodos al esfuerzo sostenido de cuantos participan en la producción; en una palabra: todo cuanto pueda contribuir a este progreso. La finalidad fundamental de esta producción no es —no puede ser— el mero incremento de los productos, y el beneficio mayor, ni el poder económico, sino el servicio del hombre integral, teniendo en cuenta sus necesidades materiales y sus aspiraciones intelectuales, morales, espirituales y religiosas.

Como resumen de estos comentarios sobre los estudios empresariales, pudieran establecerse las siguientes:

CONCLUSIONES

PRIMERA. — Que sea cual fuere la valoración que una sociedad tenga de los hombres de empresa, es evidente que sólo hay un camino para adelantar y progresar en la formación de directivos: la educación; y la experiencia en la evaluación de personal para puestos directivos indica que aquellos que no han tenido una formación universitaria —y he aquí una de las misiones de la Universidad— tienden a ser rígidos en su manera de pensar los problemas, y no son fácilmente promocionables.

SEGUNDA. — Que en el mundo de hoy, el administrador gubernamental, el dirigente industrial, el economista, el ingeniero y el sabio, ponen en práctica técnicas racionales de asociación de los factores de la producción, lo que ha originado una renovación permanente en la creación industrial.

TERCERA. — Que el éxito americano en Europa, por su capacidad organizativa, nos pone de manifiesto que hoy más que nunca no es la riqueza, al modo tradicional, lo decisivo, sino «que las fuentes de riqueza y de progreso son hoy más inmateriales que nunca». No son regalos de la naturaleza o del azar, como el oro, el petróleo o incluso la demografía, sino conquistas del espíritu humano, es decir, talento y aptitud para transformar las ideas nuevas en realidad».

CUARTA. — Que es evidente que en nuestros días la empresa privada —una de las entidades de la microeconomía—, se ve apremiada por una constante necesidad: la de disponer del equipo humano cualificado que, formado a lo largo de una carrera universitaria y eminentemente empresarial, esté en condiciones de asumir la responsabilidad personal en el desarrollo y aplicación de sus conocimientos en todas las áreas de una empresa: Producción, Compras, Ventas, Financiación, Contabilidad, Investigación Operativa, Control de gestión, Planning, Gestión de Stocks, Relaciones humanas, etcétera. Y es significativo que esta necesidad se plantee cuando en nuestras Empresas se está operando un cambio ostensible en los sistemas de planificación y coordinación de la producción, en los métodos de organización, administración y control, así como en la estrategia de ventas; en definitiva: en las técnicas de Management, tales como Teoría de la decisión, Teoría de los Juegos, Programación matemática, Modelos econométricos, Teoría

de la Información y Control de procesos, control de calidad estadística, Cálculo del lote económico, Mercadotecnia —o Marketing—, etc., todo lo cual, como puede comprenderse, representa un nivel de conocimientos universitario y moderno, ciertamente elevado.

QUINTA. — Que en esta época desconcertante, en este mundo sin paredes, en la que el hombre se ha lanzado al asalto del cielo y del poder divino, encerrado celosamente en el átomo, como decía San Pablo; en esta época, en que el poder vive hoy en las oficinas, desde donde se gobierna a todo el enjambre de productores y consumidores, la misión del directivo, del empresario, adquiere un especial relieve y una singular importancia.

Y nosotros, burgaleses modestos pero tenaces, procuraremos contribuir en este Centro al desarrollo puro y severo de las Ciencias Empresariales, con el mismo espíritu de servicio que practicaron los hombres que hicieron nuestra gloriosa historia y la grandeza de Castilla y de España.

Ernesto Ruiz G.^a DE LINARES